

LAS MÚLTIPLES CARAS DE UN INTELLECTUAL: RAMIRO DE MAEZTU ANTE LA GRAN GUERRA

DAVID JIMÉNEZ TORRES
University of Manchester
david.jimeneztorres@manchester.ac.uk

(Recepción: 14/05/2014; Revisión: 20/10/2014; Aceptación: 22/10/2014; Publicación: 18/05/2015)

1. ESPAÑOL ENTRE INGLESES, INGLÉS ENTRE ESPAÑOLES.–2. ALIADOFILIA Y PROPAGANDA.–
3. REFLEXIÓN Y ANTIMODERNIDAD.–4. CONCLUSIONES.–5. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

La relación de Ramiro de Maeztu con la Primera Guerra Mundial fue una de las más complejas del panorama intelectual español. Afincado en Londres desde 1905, al estallar la Gran Guerra Maeztu participaba tanto en los proyectos regeneracionistas españoles como en los procesos culturales británicos. Esto ayuda a comprender las distintas vertientes de su reacción al conflicto: por una parte, Maeztu contribuyó al esfuerzo de los «aliadófilos» por orientar al público español hacia la simpatía con Francia y Gran Bretaña. También fue enviado varias veces como corresponsal a las trincheras, escribiendo unas influyentes crónicas que contribuyeron al esfuerzo propagandístico de los británicos en España. Pero Maeztu también realizó una reflexión profunda al hilo del conflicto, de la que dejó constancia en sus colaboraciones en el semanario londinense *The New Age*. Este trabajo reúne todas estas facetas para explicar los nexos que existen entre ellas, haciendo hincapié en la polivalencia del papel social de Maeztu como intelectual de principios del siglo XX.

Palabras clave: Maeztu; Primera Guerra Mundial; propaganda; autoritarismo.

MANY SIDES TO AN INTELLECTUAL: RAMIRO DE MAEZTU DURING THE GREAT WAR

ABSTRACT

Ramiro de Maeztu's relationship with the First World War was one of the most complex of the Spanish intellectual scene. Having been living in London since 1905, at the start of the Great War Maeztu was a participant in both the ongoing Spanish projects to regenerate the country, and in the cultural processes that Britain was undergoing during the Edwardian period. This allows us to understand the various different aspects of his reaction to the war: on the one hand, Maeztu contributed to the efforts of the Spanish «aliadófilos» to orient their fellow countrymen towards sympathy with the Allies. He was also sent to the Western Front a number of times as war correspondent, writing a series of influential chronicles that contributed to the British propaganda efforts within Spain. But Maeztu also carried out a profound ideological reflection apropos of the war, one that is reflected in his articles for the English weekly *The New Age*. This article brings together these different aspects in order to explain the aspects that link them, emphasizing the polyvalence of Maeztu's adopted role as a public intellectual in the early twentieth century.

Key words: Maeztu; First World War; propaganda; authoritarianism; Spain.

* * *

En 1916, en plena Gran Guerra europea, Ramiro de Maeztu publicó dos libros. Quizá este hecho habría bastado para sorprender a sus contemporáneos ya que, si bien Maeztu era uno de los periodistas más prolíficos del panorama español, su carrera hasta entonces no se había prodigado en libros (sobre todo si se le comparaba con antiguos compañeros del Madrid finisecular como Azorín y Baroja). Pero la verdadera sorpresa radicaba en las grandes diferencias entre ambos libros. El primero, titulado *Authority, Liberty and Function in the light of the War*, era una densa reflexión, escrita en inglés, acerca de las causas de la presente guerra mundial, y también una propuesta para la creación de un nuevo orden social, cultural y político en la posguerra que impidiese matanzas como la que se estaba viviendo en aquel momento. Maeztu proponía una enmienda a la totalidad de los últimos cinco siglos de historia europea, y no escatimaba críticas al desarrollo del pensamiento y la sociedad británicos. El segundo libro se tituló *Inglaterra en armas. Una visita al frente*, y era una recopilación de las crónicas que Maeztu había escrito durante un viaje al frente aliado en el norte de Francia. Escrito en un tono exaltado y propagandístico, Maeztu llevaba a cabo en él una ardorosa defensa del ejército y la sociedad británicos, y una valoración positiva de la guerra como proceso regenerador (1).

(1) MAEZTU (1916a) y (1916b).

Las diferencias de idioma, tono, objetivos, enfoques, simpatías ideológicas y conclusiones que presentan estos dos libros casi los hacen parecer escritos por personas distintas. Pero lo que verdaderamente indican es que la participación de Maeztu en la Primera Guerra Mundial fue una de las más complejas del panorama intelectual español. Su situación única al comienzo de la guerra, de alguien implicado con igual intensidad en dos mundos intelectuales distintos (el de Inglaterra y el de España, que pronto serían además el de un país beligerante y otro neutral) le llevó a reaccionar ante el conflicto de una forma poliédrica y fragmentaria, ofreciendo facetas distintas dependiendo del público al que se dirigía. Maeztu se mostró a lo largo de la guerra como el más ferviente aliadófilo, contribuyendo a crear una imagen sencilla y dicotómica del conflicto para el público español; pero también se mostró como uno de los autores que más reflexionaron sobre el significado de la guerra, hasta el punto de que José Luis Villacañas ha afirmado que «la reflexión de Maeztu sobre la experiencia de la guerra es, como tal, la más profunda que llevó a cabo el pensamiento español» (2). Este trabajo se propone explorar el porqué de esta compleja reacción y qué es lo que podemos sacar en limpio de todo ello, tanto acerca de la figura de Maeztu como de la época y los grupos a los que pertenecía. Como veremos, la reacción de este periodista y pensador ante la Gran Guerra nos ayuda a comprender mejor su evolución intelectual, desde el socialismo nietzscheano de su juventud hasta el tradicionalismo a ultranza de su madurez; y nos ofrece además una radiografía del magma ideológico en que se sumió Europa durante la década de 1910, y de los rumbos en que se embarcaría el pensamiento europeo durante las dos que siguieron. Además, el ejemplo de Maeztu nos ayuda a comprender la diferencia entre los debates que se suscitaban en las naciones beligerantes y los que tenían lugar en las naciones neutrales, y los nexos tan importantes como enrevesados que unían estos dos mundos discursivos. Finalmente, Maeztu nos muestra la polivalencia de la figura del intelectual moderno, y la estrecha relación entre su producción ideológica, su contexto material y el público al que va dirigida.

1. ESPAÑOL ENTRE INGLESES, INGLÉS ENTRE ESPAÑOLES

Antes de abordar la reacción de Maeztu ante la Gran Guerra, vale la pena dedicar algo de espacio a comprender quién era y cómo pensaba este periodista a la altura de 1914. Tras haber despuntado en el Madrid finisecular como uno de los jóvenes intelectuales de mayor valía, Maeztu había llegado a Londres a principios de 1905 para ejercer la corresponsalía británica del periódico español *La Correspondencia de España* y del argentino *La Prensa*. En este sentido, Maeztu era un pionero: hasta entonces la costumbre de la prensa española era

(2) VILLACAÑAS (2000): 169.

enviar a sus corresponsales extranjeros a París. En cuanto a sus motivos para abandonar España y afincarse en Londres, parecen haber sido una mezcla de lo personal, lo profesional y lo ideológico: por una parte, Maeztu deseaba huir de las ramificaciones legales de una pelea que había tenido con un compañero de profesión; por otra, *La Correspondencia de España* necesitaba un enviado que informase de la campaña proteccionista del ministro Chamberlain, que amenazaba a los intereses comerciales españoles; finalmente, la rica y poderosa Inglaterra del periodo posvictoriano ofrecía un buen ejemplo para la posible regeneración de España, sobre todo tras el agotamiento de los proyectos noventayochistas en los que Maeztu había participado en Madrid. Los inicios no fueron fáciles: los problemas con el inglés hablado y la falta de contactos hicieron que los primeros años fueran de una gran soledad. Pero la gran metrópoli ofrecía también una serie de oportunidades de gran atractivo, y a través de su perseverancia y laboriosidad (en algunos años llegó a publicar más de trescientos artículos) Maeztu logró convertir lo que había sido un encargo de circunstancias en una situación estable (3).

Nueve años y medio después, Maeztu se conocía al dedillo el Londres político y cultural: Salvador de Madariaga lo describía como «a Spaniard who lives in England like a fish in water» (4). Además, sus ideas habían experimentado numerosos cambios en función de su acercamiento a distintas influencias ideológicas, algunas españolas y otras inglesas. En un principio se había acercado a la *Fabian Society*, un grupo de reflexión y propaganda de carácter socialista-revisionista. Los fabianos buscaban la creación de una élite tecnocrática que permeara las instituciones del parlamentarismo burgués, garantizando así el funcionamiento humanizado y eficiente de la sociedad. Maeztu asistió a varios mítines organizados por aquella sociedad y, espoleado por los triunfos reformistas del gobierno liberal de Asquith y Lloyd George (que estaban influidos por los fabianos en muchos asuntos), creyó que Inglaterra mostraba el camino que debía seguir el reformismo español. Esta convicción alcanzó su punto álgido en las tres conferencias que dio en Bilbao, Madrid y Barcelona en 1910, en las que instó a la intelectualidad española a constituirse en una minoría competente y directora al estilo de la inglesa, una minoría que contribuyera a modernizar el sistema parlamentario y lo adecuara a los desafíos de la modernidad europea. Sin embargo, estos son también los años en los que Maeztu entró en la órbita de Ortega y de su germanofilia cultural, al hilo de la polémica que ambos habían mantenido en 1908. El énfasis de Ortega en la importancia de la filosofía alemana y en el ejemplo que aquel país suponía para las élites españolas llevó a Maeztu a replantearse su idealización de Inglaterra, y a mostrar un desprecio

(3) La mejor fuente de información sobre la vida y las ideas de Maeztu es la biografía escrita por Pedro Carlos González Cuevas; ver GONZÁLEZ CUEVAS (2003). Otro trabajo notable centrado en su época inglesa es SANTERVÁS (1987). Para las dificultades de Maeztu con el inglés, ver LASTAGARAY ROSALES (2010): 851. Para esta época de la historia británica, ver POWELL (1996).

(4) *The New Age*, 4 de marzo de 1915.

cada vez mayor hacia la sociedad inglesa por su (según él) escaso nivel cultural. Así, durante esta breve etapa Maeztu rechazó la idea de que la regeneración de España pudiera venir de una minoría tecnocrática a la inglesa, prefiriendo en su lugar una minoría que impusiera la cultura y la europeización sobre la sociedad. Además, pasó temporadas en la Universidad de Marburgo empapándose de filosofía neokantiana, que le llevó a deducir la existencia de categorías supratemporales y suprahistóricas. Este paso sería importante en su acercamiento a la religión, por la que el otrora anticlerical Maeztu ya había comenzado a interesarse tras la polémica modernista de finales de la década anterior (5).

Maeztu daría otro bandazo en 1912, año en el que se acercó a una serie de grupos vinculados a las vanguardias inglesas, al socialismo medievalizante, al sindicalismo francés y al intuicionismo bergsoniano. En este popurrí ideológico, muy representativo del Londres intelectual de la época, descollaban dos grupos. El primero era el de los *distributists* o «distributistas», como los llamaría Maeztu al describirlos para el público español, un grupo capitaneado por el ensayista Hilaire Belloc y por los hermanos Chesterton (Cecil y Gilbert Keith), y que tenía importantes vínculos con el renovado catolicismo inglés de la época. Este grupo creía que el sistema parlamentario y capitalista había derivado en una situación insostenible, en la que una plutocracia explotaba a la gran mayoría de ciudadanos sin que estos pudieran organizarse efectivamente en defensa de sus derechos. Además, creían que la alternativa socialista se acabaría diluyendo en un sistema mediante el cual los trabajadores renunciarían tanto a su libertad como al control de los medios de producción, a cambio de ligeras mejoras en su calidad de vida. Ante esto, los distributistas proponían el regreso a una sociedad de pequeños propietarios autosuficientes, de acuerdo con la teoría cristiana medieval. El principal órgano de este grupo era la revista *Eye-Witness*, y su principal libro de teoría fue *The Servile State*, escrito por Belloc (6).

El otro grupo intelectual al que por entonces se acercó Maeztu fue el de los *guild socialists*, «gremialistas» o «guildistas» en sus traducciones. Este grupo coincidía con el diagnóstico de los distributistas acerca del rumbo que había tomado la sociedad moderna, pero pensaba que la solución no pasaba por regresar a un mundo de propietarios atomizados, sino por la resurrección de los gremios medievales, permitiendo así a los trabajadores tomar el control de las industrias y acabar con las injusticias del capitalismo. El principal órgano de este grupo fue la revista *The New Age*, dirigida por A. R. Orage y en la que escribieron asiduamente figuras de primer nivel como los teóricos S. G. Hobson y G. D. H. Cole, el pensador judío-alemán Oscar Levy (primer traductor de Nietzsche al inglés), el arquitecto A. J. Penty, el crítico de arte Walter Sickert,

(5) Las conferencias están recopiladas en MAEZTU (1984). Para la relación entre Ortega y Maeztu, y la comparación entre sus idearios, ver GONZÁLEZ CUEVAS (2007) y VILLACAÑAS (2000).

(6) Sobre estos autores y su movimiento, ver CORRIN (1981 y 2002), KER (2011), LOTHIAN (2009), MCCARTHY (1978).

los escritores Katherine Mansfield y Ezra Pound, y el poeta y filósofo T. E. Hulme. Maeztu trabó amistad con muchos de ellos, y principalmente con Hulme, quien ejercería una gran influencia en el desarrollo de la vanguardia artística inglesa y en autores como T. S. Eliot. Precisamente en 1912, el mismo año en que salía *The Servile State* de Belloc, Hulme publicaba su ensayo «Classicism and Romanticism», donde abogaba por una renovación del arte que abandonara los criterios filosóficos del romanticismo y regresase a la mentalidad pre-humanista (7).

Así, al llegar a 1914, nos encontramos con un Maeztu que ocupa una posición altamente peculiar. El vitoriano seguía siendo una figura importante del panorama intelectual español, y alguien que se identificaba con los proyectos reformistas y europeístas que abanderaba Ortega. No en vano había enviado su adhesión a la Liga de Educación Política, el primero de los grandes proyectos colectivos orteguianos; y no en vano Ortega le había dedicado su primer libro, *Meditaciones del Quijote*. Pero a pesar de esto, la relación de Maeztu con el mundo intelectual español no resultaba nada fácil. No se llevó demasiado bien con la mayoría de los intelectuales que la prensa española envió como corresponsales a Londres después de él; gente como Luis Araquistain, Salvador de Madariaga y Ramón Pérez de Ayala. Además, el que estos periodistas fueran también miembros de la corte de Ortega estaba contribuyendo al enfriamiento de relaciones entre ambos pensadores. Pero el problema no era solo cuestión de personalidades. Con su acercamiento a los «distributistas» y «gremialistas», Maeztu empezaba a participar en debates que no tenían un correlato claro en suelo español. Y es que las conclusiones de estos grupos se producían como consecuencia de la entrada total de Reino Unido en la modernidad política, económica y cultural; estaban muy lejos de los debates españoles, en los que se discutía cómo se podría dirigir al país precisamente hacia aquella modernidad ante la que ahora reaccionaban, horrorizados, algunos ingleses. Dicho de otra forma, cuando España y los orteguianos estaban yendo, gente como Belloc o Penty ya estaba volviendo; y de esta manera, el interés de Maeztu por estos últimos lo iba alejando de las coordenadas de los debates españoles. El propio Maeztu se daba cuenta de esto: en una carta a Ortega se quejaba de que el «exotismo» era «la única relación que parece existir entre mi espíritu y el ambiente español». Asimismo el mundo de los distributistas y gremialistas le ofrecía un refrescante respiro de los debates españoles: de nuevo explicaba a Ortega que «prefiero poner mi esfuerzo al servicio de la causa del socialismo gremial –causa que es, por ahora, genuinamente inglesa– que no batallar en España sin ninguna clase de rumbo». Así, al estallar la Primera Guerra Mundial nos encontramos a Maeztu en una particularísima posición, como un intelectual que tenía un

(7) Para este grupo ver MARTIN (1967). Todos los números de *The New Age* han sido digitalizados por el Modernist Journals Project, y pueden consultarse en <http://www.modjourn.org/>. Para Hulme, ver TAYLOR (1989): 419-495 y FERGUSON (2002).

pie en cada país, manteniendo un difícil equilibrio entre ambos; en resumidas cuentas, como un español entre ingleses y como un inglés entre españoles. Esto nos ayudará a comprender mejor las distintas vertientes de su reacción ante la Gran Guerra (8).

2. ALIADOFILIA Y PROPAGANDA

Como escribió en su día Fernando Díaz-Plaja, y como han reflejado posteriormente otros autores, la neutralidad española durante la Primera Guerra Mundial solo se extendió al ámbito de lo estatal. La sociedad civil se implicó en la Gran Guerra de forma sentimental e intelectual, y con una vehemencia que llevó a Gerald Meaker a acuñar la expresión «guerra civil de palabras». Esta implicación discursiva supuso una división de la sociedad española en dos campos: los *aliadófilos* frente a los *germanófilos*. En un principio, la historiografía quiso ver en esta división otra instancia del secular conflicto entre las «dos Españas», en el que los partidarios del progreso habrían formado el frente favorable a Francia, Gran Bretaña y sus aliados, mientras que las clases conservadoras habrían formado el frente favorable a Alemania y los suyos. Estudios más recientes han demostrado que esta división fue más compleja de lo que se había estimado en un principio, que hubo partidarios de ambos lados en casi todos los grupos sociales y profesionales, y que el debate entre aliadófilos y germanófilos, antes que demostrar una oposición binaria entre «progresistas» y «reaccionarios», atestigua la fragmentación y complejidad de la esfera pública española del momento. Fragmentación y complejidad a las que contribuyeron también los aparatos propagandísticos de las naciones en liza, que desearon atraerse a todos los sectores de la población española mediante intensas y variadas campañas de proselitismo. También se ha señalado la compleja relación entre la actitud ante el conflicto europeo y las distintas posiciones ante el devenir de la política española, una política inmersa en el descrédito del sistema de partidos turnantes y que viviría en 1917 la triple convulsión de la huelga general, la asamblea de parlamentarios y la aparición de las juntas de defensa (9).

A través de sus columnas para *Nuevo Mundo*, *Heraldo de Madrid* y *La Correspondencia de España*, Maeztu militó activamente en el campo de los aliadófilos. En su opinión, un triunfo de los imperios centrales no supondría el triunfo de la cultura alemana (como pretendía el gobierno germano), sino sencillamente el de las clases conservadoras de aquel país. También argumentó que

(8) La relación de Maeztu y Araquistain en SANTERVÁS (1990). La carta a Ortega se encuentra en el archivo de la Fundación Ortega y Gasset – Gregorio Marañón y está fechada a 21 de abril de 1915.

(9) Ver DÍAZ-PLAJA (1973), MEAKER (1988), VARELA (1998), JULIÁ (2013), FUENTES CODERA (2013). Para la propaganda en España, ver AUBERT (1995). Un resumen del impacto de la guerra sobre la economía, la sociedad y la política españolas en MARTORELL LINARES (2011).

el triunfo de Alemania supondría la homogenización de Europa, mientras que el de los aliados supondría la supervivencia de la pluralidad en la que residía el verdadero valor del continente. Con todos sus defectos, Inglaterra y Francia seguían suponiendo un mejor modelo para España que Alemania, y más aún tras las transformaciones que la guerra estaba auspiciando en las sociedades inglesa y francesa (10). Estas posturas le llevaron a firmar el manifiesto aliadófilo de 1915, en el que los firmantes aseguraban que la causa de los aliados representaba tanto «los ideales de justicia» como los «intereses políticos» de España. Una victoria de los aliados supondría la reafirmación de «los valores esenciales con que cada pueblo, grande o pequeño, débil o fuerte, ha dado vida a la cultura humana», y destruiría «los fermentos de egoísmos, de dominación y de impúdica violencia» que habían generado la presente «catástrofe» (11). Pero a diferencia de otros aliadófilos, Maeztu se esforzó por no caer en un antigermanismo simplista. A pesar de lo mucho que escribió en contra de Alemania, en varias ocasiones aclaró que no era germanófobo:

Soy, por el contrario, germanófilo. Cuando la guerra acabe seguiré haciendo lo que hacía pocas semanas antes de estallar: gastarme el dinero que me producen mis artículos en libros y profesores alemanes. Creo en la cultura alemana. Pero se puede creer en la cultura alemana sin desear que sea el tipo único de cultura que prevalezca en el mundo (12).

Aclaración que nos demuestra algunas de las complejidades del campo aliadófilo, principalmente en aquellos intelectuales que antes de la guerra se habían visto influidos por la germanofilia cultural de Ortega.

Estas matizaciones no impidieron que la aliadofilia de Maeztu se fuese volviendo más y más vehemente a medida que avanzaba la guerra, influyendo las tesis de sus artículos. Desde su tribuna londinense, Maeztu presentaba a sus lectores un país que se comprometía cada vez con mayor determinación en la guerra, y que acabaría por ganarla. La imagen predominante de Inglaterra en sus escritos de estos años es la de un país purgado de sus errores, o un gigante que despertaba de un larguísimo letargo (13). Así lograba Maeztu cuadrar el apoyo a Inglaterra durante la guerra con sus críticas de los últimos años hacia la decadencia y la corrupción británicas (críticas que, como hemos visto, habían estado influidas tanto por la germanofilia orteguiana como por el hipercriticismo de distributistas y gremialistas hacia su país). Así, también, Maeztu defendía una valoración positiva de la guerra, como proceso purgante y regenerador de las sociedades. En varias ocasiones se mostró extasiado ante las escenas de heroís-

(10) «La barbarie pedante», *Nuevo Mundo*, 28 de noviembre de 1914; «La nueva Francia», *Nuevo Mundo*, 5 de diciembre de 1914; «La fecundidad de la guerra», *Nuevo Mundo*, 27 de marzo de 1915.

(11) «Palabras de algunos españoles», *España*, 9 de julio de 1915.

(12) «Reciprocidad», *Nuevo Mundo*, 16 de enero de 1915.

(13) Por ejemplo, en «La guerra y el alcoholismo», *Nuevo Mundo*, 10 de abril de 1915.

mo palingenésico provocadas por la guerra: acerca de los ingleses en la batalla de Loos escribió que «murieron por decenas de miles. Fue magnífico, inmortal». Describió la guerra como «la organización de la aventura», explicando que en el frente «el cañoneo enciende la sangre. Se vive como en un redoble permanente. Se recupera el sentido de la aventura. Las historias cesan de ser historias. Se es uno mismo la historia» (14).

Esto no desentonaba dentro del discurso que estaban adoptando la mayoría de intelectuales europeos durante estos años, pero en el caso de Maeztu entroncaba con dos posturas anteriores. Por un lado estaba su admiración juvenil por Nietzsche, cuya exaltación vitalista influyó fuertemente en su primer libro, *Hacia otra España* (1899). Por el otro estaba el militarismo que Maeztu había defendido durante los años anteriores al estallido de la guerra, al hilo de los debates dentro del socialismo europeo acerca de la actitud que se debía adoptar frente a los armamentos y los ejércitos. La toma de partido de Maeztu por los militaristas (con la que coincidieron varios colaboradores de *The New Age*, incluido su amigo Hulme) había sido uno de los motivos de enemistad entre Maeztu y Araquistain. Una vez desatada la guerra, las posturas de Maeztu coincidieron con las de la mayoría de la sociedad inglesa, según la interpretación del historiador Jay Winter: si bien la guerra era horrible, valía la pena librarla para lograr el triunfo de aquellos ideales por los que la sociedad creía estar luchando. Esta apreciación nos ayuda a matizar un poco el entusiasmo belicista de Maeztu, ya que, si bien resultaría fácil llenar un trabajo con todas las afirmaciones positivas que hizo acerca de la guerra, también podemos encontrar declaraciones suyas en las que se muestra consciente del altísimo coste humano que entrañaba. En varios artículos de julio de 1915, Maeztu calificaba el presente conflicto como «una guerra de devastación universal» en la que se consumirían «millones de vidas»; y calificaba la técnica de la atrición como «un método terrible» (15). Pero, a pesar de todo, valía la pena librar la guerra, y ganarla.

Además de sus crónicas desde Londres sobre el transcurso de la guerra, Maeztu fue enviado varias veces a cubrirla como corresponsal. En los primeros compases del conflicto el *Heraldo de Madrid* lo envió a Italia (que aún era neutral), donde permaneció unos meses. Luego, a mediados de 1916, sería invitado por el ejército inglés en su calidad de corresponsal para hacer un viaje de dos semanas por el frente occidental, en el que además iba acompañado por otros periodistas de medios latinoamericanos. A mediados de 1917 regresaría a la misma zona, esta vez con un grupo de periodistas norteamericanos, y en 1918 realizaría dos viajes más, el último de los cuales le permitió entrar con el ejército británico en Alemania. Pero el más significativo de todos sigue siendo el

(14) MAEZTU (1916b): 64 y 86.

(15) Ver SANTERVÁS (1990), WINTER (1999) y MORGAN (2009). «Si hubiéramos ido», *Nuevo Mundo*, 13 de marzo de 1915; «La guerra y el Estado», *Nuevo Mundo*, 20 de febrero de 1915; «La guerra de ‘atrición’», *Nuevo Mundo*, 24 de julio de 1915.

de 1916, ya que de él derivó Maeztu su principal aportación como corresponsal de guerra: las doce crónicas que salieron en *La Prensa* y en *La Correspondencia de España* (además de la versión en inglés en *The New Age*) y que luego fueron recopiladas, junto a otras cuatro escritas antes del viaje, en el opúsculo *Inglaterra en armas* (16).

A lo largo de este libro, Maeztu detalló sus impresiones tanto del esfuerzo bélico en Inglaterra como de los distintos puntos del frente occidental a los que había tenido acceso, incluyendo hospitales, almacenes de suministros, campos de entrenamiento, cuarteles de oficiales y las trincheras de retaguardia. Maeztu presenta todo esto con una aprobación incondicional, destacando la limpieza y solvencia de todo lo que ve. Pero sus mayores elogios van dirigidos hacia los soldados ingleses, a los que presenta como atletas generosos, humildes e individualistas que no beben, que se limpian cada dos por tres, que están contentos por las fabulosas condiciones de vida que les ofrece el ejército, y que en todas sus acciones exhiben un candor infantil y entrañable. La cultura inglesa del *sport* los convierte, además, en grandes lanzadores de granadas (por el *cricket*) y en consumados aviadores; y además extraen un gran placer de su participación en las batallas, sobre todo si es bajo la tutela de sus oficiales, a los que tratan como a hermanos mayores. Para los ingleses, la guerra es un juego que piensan ganar; incluso nos describe un ataque en el que los soldados británicos corren hacia una trinchera alemana pasándose una pelota de fútbol entre ellos, «y hasta ponían más cuidado en que avanzase la pelota que en avanzar ellos». El vitoriano explica además que una de las tácticas de mayor éxito de los ingleses, las *raids* nocturnas mediante las cuales pequeños grupos de soldados destrozan por sorpresa las trincheras alemanas, guarda un íntimo paralelismo con las *encamisadas* de los tercios de Flandes. Esto, junto con la profunda catolicidad de Bélgica y de Francia, y junto al recuerdo del apoyo británico en la Guerra de Independencia, refuerza su identificación con los aliados. La nota final de Maeztu es su convicción absoluta de que «Alemania ha perdido la guerra. Ello podemos afirmarlo con intuición cierta, con evidencia indiscutible» (17).

Varios estudiosos se han tomado el ditirambo de Maeztu hacia el ejército inglés con una disculpable ironía. Sin embargo, habría que señalar que gran parte de las estrategias discursivas de *Inglaterra en armas* aparecen también en textos escritos a propósito de otras visitas al frente por figuras tan diversas como Manuel Azaña, Ramón Pérez de Ayala o Azorín (18). Lo que nos demuestra que *Inglaterra en armas* bebe de las fuentes que tenían a su disposición los escritores europeos durante la guerra; un campo discursivo derivado principal-

(16) Para las crónicas de *La Prensa*, ver CASTRO MONTERO (2011). Un tratamiento más amplio de los artículos argentinos de Maeztu en CASTRO MONTERO (2012).

(17) MAEZTU (1916b): 68-73, 79, 93-99, 108, 8, 125-126, 95, 45, 122 y 118.

(18) Ver JIMÉNEZ TORRES (2013b).

mente de la literatura épica y del positivismo aplicado a las «personalidades nacionales». También vale la pena recordar que la mayoría de los soldados y de la oficialidad compartía esta visión épica e idealista del conflicto, por mucho que los trabajos de autores como Graves o Remarque durante la posguerra fomentaran la imagen de unos soldados nihilistas y desesperados que nos ha llegado hasta hoy. Como ha escrito Stephen Badsey, si el gran *trench poet* Siegfried Sassoon hubiera sido representativo del soldado medio inglés, el ejército entero se habría sublevado en 1917 (19).

Por otra parte, es interesante ver cómo conviven en *Inglaterra en armas* las afirmaciones más esencialistas acerca de la personalidad de los pueblos con las dudas de Maeztu acerca de la viabilidad de este tipo de pronunciamientos. Al comparar el ejército inglés y el francés, Maeztu explica que:

Si me fuera posible resumir en una palabra la impresión que me han producido los soldados ingleses, diría «elegancia». Mas para resumir la que me ha dejado esta breve visión de los franceses, escribiría: «fuerza». Ya sé que estas palabras no responden a las ideas corrientes sobre Inglaterra y sobre Francia. No me importa. Expresan mi impresión. Y no es seguro que las ideas de unos pueblos sobre los otros sean ciertas. Todos los pueblos se desconocen los unos a los otros.

Además, Maeztu atempera su visión favorable de la guerra con el relato de las terribles heridas que ha visto en un hospital de campaña (incluyendo el «horror» de los «numerosos frascos que contienen ojos extraídos»); al hilo de esto, el corresponsal cree que debe dedicar un artículo «a los horrores innecesarios de esta guerra». Incluso en un momento en que Maeztu diserta acerca del valor de la guerra como realización de la voluntad individual, también deja claro al lector que:

Horrible sí debe de serlo (...) Pasarse meses enteros alternativamente en las trincheras y en los pueblos de la retaguardia; ir a la trinchera cada cinco o seis días con la convicción de que no ha de volver toda entera la compañía nuestra; esperar en la trinchera que estalle junto a nosotros una granada o un torpedo aéreo; defenderse en el verano contra el calor húmedo de las excavaciones, donde nunca penetra el aire fresco, y en el invierno contra el frío y la humedad implacables, son realmente horrores.

Por lo tanto, *Inglaterra en armas* no nos presenta solo un ejemplo del discurso altamente idealizado al que recurrieron muchos escritores durante la guerra; también nos muestra las fracturas de este discurso ante la experiencia de la guerra, grietas de las que Maeztu se muestra consciente, pero que no alteran su convicción de que «morir, en un avance, de un balazo en el pecho, con la cabeza alta y los ojos clavados en la trinchera que se va a asaltar, esto no puede ser odioso para un hombre de corazón» (20).

(19) BADSEY (2008): 32.

(20) MAEZTU (1916b): 84, 52, 61, 45.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta a la hora de analizar *Inglaterra en armas* son las condiciones bajo las que se desarrollaban las visitas de corresponsales a los ejércitos en liza, ya fuesen de países beligerantes o neutrales. Fue regla general durante el conflicto que a los periodistas solo se les permitiera ver «las espaldas» de la guerra, en feliz expresión de Vicente Blasco Ibáñez (21). El caso de Maeztu es paradigmático en lo que se refiere a un itinerario limitado a las distintas instalaciones de retaguardia, a las ciudades que habían quedado destrozadas por los bombardeos (de los alemanes, claro) y a la última línea de trincheras. El propio Maeztu aclaraba que «lo más cerca que hemos estado del peligro es al correr el automóvil por una carretera que marcha recta hacia las trincheras enemigas» (22). Y también explicó a sus lectores que todos los artículos que escribía debían ser aprobados por los servicios de propaganda ingleses antes de ser enviados a España. Neville Lytton, el oficial encargado de coordinar a los periodistas que visitaban al ejército inglés, explicó después de la guerra que las restricciones impuestas sobre los corresponsales les impedían formarse «any idea of the true psychology of the fighting man» (23). Y también explicó que procuraban evitar que los corresponsales de países neutrales se enterasen de cualquier dato que pudiera dañar la imagen de Inglaterra. Todo esto ayuda a explicar que, si bien el viaje de Maeztu al frente inglés se realizó durante la ofensiva del Somme, con sus altísimas bajas para los ingleses (60.000 el primer día), sus artículos no ofrezcan nada de información al respecto.

Sin embargo, no sería correcto crear la imagen de unos periodistas ansiosos de descubrir «la verdad» de la guerra en constante pugna con las restricciones impuestas por los oficiales que los escoltaban. Uno de los corresponsales de la prensa británica que más tiempo pasó junto al ejército de su país, Philip Gibbs, explicó después de la guerra que

We identified ourselves absolutely with the armies on the fields, and we wiped out of our minds all thought of personal 'scoops', and all temptation to write one word which would make the task of officers and men more difficult or dangerous. There was no need for censorship of our dispatches. We were our own censors (24).

Es decir, que la identificación de los periodistas con los ejércitos a los que visitaban significó que aceptaron de buen grado todas las trabas y restricciones que imponían sus anfitriones. Una dinámica que quizá resultó más acusada en el caso de los corresponsales de países neutrales, ansiosos por demostrar su lealtad a la causa aliada. Lytton explicó que la mayoría de estos corresponsales «were very grateful for the confidence that was placed in them», y llega a citar a Maeztu en este contexto, junto a otros corresponsales españoles como Agustí Calvet («Gaziél»), Luis Bolin y Ramón Belausteguigoitia («Ramón de

(21) Cit. en VARELA (1998): 33.

(22) MAEZTU (1916b): 61.

(23) LYTTON (1920): ix, 115.

(24) FARRAR (1998): 75.

Goyenurri») (25). Recordemos además que debido a la dimensión que tenía la pugna entre aliadófilos y germanófilos en términos de la política nacional, la presentación benévola de los aliados era importante para el proyecto político que estos periodistas e intelectuales defendían en España.

Otra cuestión relacionada con lo que estamos viendo es la participación de Maeztu en los esfuerzos propagandísticos que desarrollaron los ingleses en España. Varios estudios han demostrado que, en la lucha entre aliadófilos y germanófilos, la línea que separaba la simpatía desinteresada de la propaganda remunerada era tan delgada como porosa; máxime cuando tanto los alemanes como los aliados decidieron librar la batalla por la opinión española principalmente a través de la prensa. En lo que se refiere a los esfuerzos ingleses, las investigaciones de Enrique Montero en los archivos del Foreign Office británico demostraron que autores como Luis Araquistain, Ramón Pérez de Ayala o Salvador de Madariaga colaboraron activamente con los servicios de propaganda de aquel país, y especialmente con su principal encargado en España, el alto cargo del periódico *The Times* John Walter. Walter creó en mayo de 1916 la Agencia Anglo Ibérica, desde la que coordinaba iniciativas como la traducción y publicación de panfletos favorables a los aliados, y la subvención de periódicos como *La Correspondencia de España* para asegurarse que llevaban una línea editorial pro-aliada. Precisamente fue Walter el que coordinó el regreso de Maeztu a «la *corres*», periódico del que se había marchado en 1911 en desacuerdo con su línea editorial. En un informe a sus superiores de 1917, Walter justificó la subvención a *La Correspondencia de España* entre otras razones por el valor que tenían los artículos aliadófilos de Maeztu (26). Además, a lo largo de la guerra se encargó a Maeztu prologar la edición española de dos folletos pro-aliados, *El terrorismo alemán en Bélgica*, de Arnold Toynbee, y *Mi gestión en Londres, 1912-1914*, del príncipe Lichnowsky. En estos prólogos, Maeztu resumía las razones por las que, según él, los alemanes habían provocado la guerra y debían ser derrotados por las fuerzas aliadas.

Más importancia aún tuvieron las numerosas invitaciones que, como hemos visto, recibió Maeztu para visitar a las tropas inglesas como corresponsal. El hecho de que *Inglaterra en armas* se publicara en Londres, y en una de las editoriales que el gobierno británico empleaba como tapadera para la difusión de material propagandístico, nos demuestra el fin último de la invitación que se le había extendido (27). Podemos sospechar que aquí también tuvo mucho que ver el *Times*, aunque quizá no a través de Walter. Una carta anónima en *The New Age* de principios de 1916 nos demuestra que Lord Northcliffe, el propietario del *Times* y del *Daily Mail*, estaba preocupado por la opinión de los españoles sobre la guerra; y también que estaba al tanto de que Maeztu era uno de los

(25) LYTTON (1920): 115.

(26) MONTERO (1983): 249, 256.

(27) BUITENHUIS (1989): 16.

principales aliadófilos españoles. Northcliffe era por entonces el periodista más influyente del Reino Unido, y alguien cuyo patriotismo le había llevado a convertirse en uno de los principales coordinadores de la propaganda inglesa. Como tal, Northcliffe tenía una buena relación con la máxima autoridad del ejército británico en Francia, Sir Douglas Haig, y a menudo le aconsejaba qué periodistas debía recibir (28). Es probable, por tanto, que esta «conexión Northcliffe» sea la que explique las numerosas invitaciones de Maeztu al frente inglés, más allá de los manejos de Walter en España (recordemos que la mano derecha de este era Araquistain, el enemigo de Maeztu).

A pesar de todo esto, sigue sin quedar claro qué tipo de recompensa recibió Maeztu por sus servicios a la causa inglesa. No queda claro si recibía una subvención directa por sus artículos en *La Correspondencia de España*, o si solo lo hacía el periódico por tener a un aliadófilo como él en nómina. Sí podemos suponer que fue remunerado por sus prólogos a los libros de Toynbee y Lichnowsky, y que se benefició de las ventas de *Inglaterra en armas*, a las que contribuyó la buena distribución en provincias que hicieron los delegados de Walter (29). También pudo obtener beneficios relacionados con su reputación: dado el interés que suscitaba la guerra en España, la cotización de los autores que podían escribir crónicas desde el frente debía de aumentar. Y además está la autoestima, siempre frágil, de Maeztu: en 1916, Northcliffe publicó un artículo en el *Times* en el que destacaba que las crónicas de Maeztu «have provided the most brilliant and, at the same time, most profound interpretation of English thought and conduct under the stress of war that has been seen in any neutral country» (30). Estos halagos cobran sentido cuando vemos que Maeztu había escrito unos meses antes en *The New Age* que «if it be true that every man has his price, then my own –poor me!– does not greatly exceed that of the courtesy and recognition of a respected name» (31). Podemos pensar, por lo tanto, que los halagos de gente como Northcliffe, y la idea de que estaba siendo útil a una causa en la que creía, formaron parte de la «remuneración» de Maeztu. Su caso nos demuestra, en fin, la densa mezcla de motivaciones que llevó a algunos intelectuales españoles a participar en la guerra de propaganda que se libró en nuestro país.

3. REFLEXIÓN Y ANTIMODERNIDAD

Dentro de su complejidad, la participación de Maeztu en los debates entre aliadófilos y germanófilos supone solo un aspecto de su reacción ante la Gran

(28) THOMPSON (1999).

(29) MONTERO (1983): 265.

(30) Citado en «Press cuttings», *The New Age*, 19 de octubre de 1916.

(31) «Mr Shaw and the German Republic», *The New Age*, 27 de julio de 1916.

Guerra. El otro lo forma su reflexión al hilo del conflicto acerca del mundo contemporáneo y de la mejor manera de vertebrar la sociedad y la cultura. Esta reflexión, tan profunda como dinámica, tuvo como plataforma principal la revista londinense *The New Age*, con la cual, como hemos visto, Maeztu ya tenía una buena relación antes de la guerra; y una parte importante de los artículos que sacó en este semanario se recopilarían en 1916 en el volumen *Authority, Liberty and Function in the light of the War*, traducido tres años después al español bajo el título de *La crisis del humanismo*. La mera existencia de este libro demuestra el grado de imbricación de Maeztu en la vida intelectual inglesa, siendo uno de los pocos escritores españoles que publicaron un libro importante en un ambiente totalmente extranjero y en una lengua distinta de las habladas en España. Pero además, las conclusiones a las que llegó Maeztu durante estos años tuvieron un gran efecto tanto en su evolución intelectual como en la de un sector de las derechas españolas, sobre todo cuando en años posteriores Maeztu colaborara con el periódico primorriverista *La Nación* y la revista antirrepublicana *Acción española*. Un análisis de sus ideas durante estos años nos ofrece, por tanto, una de las claves de su pensamiento posterior y nos demuestra que, junto al Desastre del 98 y al advenimiento de la Segunda República, la Gran Guerra supone el otro gran momento de inflexión intelectual de Maeztu.

Para abordar este asunto, conviene partir de la apreciación que hizo González Cuevas de que «la Gran Guerra sorprendió a Maeztu en plena evolución ideológica» (32). Efectivamente, si existe un momento de crisis para Maeztu en esta época no es 1914 sino 1912, el año de aparición de *The Servile State* y del ensayo «Classicism and Romanticism», y también el año del escándalo Marconi, que demostró la connivencia del poder político británico con los grandes intereses financieros; un escándalo que parecía justificar las críticas de distributistas y gremialistas al sistema parlamentario. No es casualidad que Maeztu escribiera en este año que «a la hora actual no hay ideario político en Europa que no se vea amenazado en sus fundamentos: desde el imperialismo hasta el socialismo» (33). En este contexto, Maeztu hizo lo posible por estar al tanto de las ideas nuevas que iban elaborando los distributistas y los gremialistas; y esto explica que, en un primer momento, la guerra no significara para Maeztu tanto un cambio de paradigma como una oportunidad para desarrollar las ideas que había ido absorbiendo en los años anteriores. Esto le llevaría además a extender su reflexión mucho más allá de lo circunstancial; en vez de centrarse en la excepcionalidad de la situación bélica, Maeztu trató de utilizar las lecciones que ofrecía el conflicto como base para refundar las sociedades europeas según las pautas gremialistas. El mismo título de su libro apunta en esta dirección: su análisis se realizará «a la luz de la guerra», pero esto llevará, como indica el subtítulo, a un proyecto mucho más ambicioso: nada menos que «a critique of

(32) GONZÁLEZ CUEVAS (2003): 177.

(33) *La Prensa*, 7 de diciembre de 1912.

authority and liberty as the foundations of the modern state, and an attempt to base societies on the principle of function».

Centrándonos ahora en este libro, Maeztu lo concibió como una crítica de las dos grandes ideologías que, en su opinión, nutrían al Estado moderno: el estatismo (incluyendo aquí al socialismo estatista) y el liberalismo. Maeztu considera el estatismo como la cristalización de la «herejía alemana», una serie de creencias que partieron de la Reforma, se concretaron en la filosofía de Hegel y derivaron en el Estado bismarckiano. La idealización del poder del Estado habría llevado, según Maeztu, a la eliminación de trabas ante los deseos de la casta gobernante, y a la creación de una burocracia voraz cuyo único interés era expandirse, lo cual requería la conquista de nuevas tierras y pueblos que administrar. Esto era lo que explicaba la agresividad germana que había desembocado en la Gran Guerra, y era lo que hacía necesaria su derrota. Pero el liberalismo, el otro gran principio en liza (representado por Inglaterra y Francia), tampoco era una alternativa deseable. Según Maeztu, una sociedad basada en el atomismo individualista y en su correlato económico, el capitalismo, sería siempre una sociedad injusta. Y sería, además, incapaz de defenderse, ya que ni en la hora más urgente se consideraba legitimado el Estado liberal para obligar a sus ciudadanos a que sirvieran al bien común. Tanto el estatismo como el liberalismo eran, según Maeztu, sistemas inestables: el primero llevaba inexorablemente a su propia expansión y al conflicto entre naciones; el otro llevaba a su propia disolución y a la conflictividad social.

Lejos de ser opuestos, por tanto, Maeztu consideraba que el estatismo y el liberalismo comparten una misma raíz, la del relativismo y el subjetivismo modernos. El estatismo entronizaba la subjetividad de un país o de su casta gobernante; el liberalismo entronizaba la subjetividad de los individuos atomizados. Este subjetivismo tenía, a su vez, una raíz histórica. El pensamiento de la Edad Media había colocado al hombre dentro de una cadena ontológica coronada por Dios, reforzando así la humildad de los humanos y su conciencia de que existían valores más allá del individuo. Esto había permitido la organización de la sociedad europea según la unidad fundamental del gremio, que combinaba igualdad con jerarquía y ayudaba a desarrollar la pluralidad social. Sin embargo, la diseminación del pensamiento humanista habría propuesto al hombre como única medida del bien y del mal, abriendo el camino a la vanidad y el relativismo. Esto había llevado a la desaparición de los gremios y de la fundamentación teológica de la sociedad, y al nacimiento de las ideologías del Estado moderno.

Maeztu proponía, por tanto, volver a aquella objetividad medieval perdida. La manera de realizar este proyecto sería organizando las sociedades según un principio objetivo, el de la «función» de cada hombre y cada grupo dentro del todo social, fundamentando en esta función sus derechos y obligaciones. La resurrección de los gremios permitiría la aplicación de este principio en las sociedades modernas, propiciando la dilución del Estado en favor de una pluralidad estable. Por otro lado, la resurrección del cristianismo en el campo cultural

otorgaría al ser humano una idea trascendente de su propia existencia, que le permitiría sacrificarse, en la medida de lo que exigiera cada jornada histórica, en favor del resto de la sociedad. Maeztu reivindica así una «primacy of things», la primacía de unos valores que legitimarían el ser y las acciones de los humanos, y que darían un criterio objetivo según el cual estructurarlas. Estos criterios objetivos permitirían además crear un verdadero derecho internacional, facilitando así la prevención de las guerras. Ante las críticas de los lectores y colaboradores de *The New Age*, que se preguntaron cómo podrían los seres humanos establecer estos criterios objetivos, Maeztu reforzó el argumento anclándolo en la teología: en la versión española del libro, de 1919, los valores cuya «primacía» había que defender eran los derivados de los atributos de Dios: el Poder, la Verdad, la Justicia y el Amor. La apuesta de Maeztu está, por tanto, clara: absolutismo de la sociedad frente a los egoísmos de burócratas y de capitalistas, y defensa de los valores objetivos (derivados de la teología) frente al relativismo moderno.

A lo largo los años 20 y 30 Maeztu desecharía bastante de lo que había escrito en *Authority, Liberty and Function*. Por poner dos ejemplos, el gremialismo se convertiría en «corporativismo», en un cambio que no era solo semántico; y la creencia en una pluralidad estable se vio reemplazada por la necesidad de un poder central (en su caso, la monarquía). Ya el cambio de título al traducirlo al español demostraba que Maeztu estaba mucho más seguro del aspecto negativo de su obra que de las propuestas específicas que hacía para la reestructuración de la sociedad. Quizá no fue ajena a esto la gran polémica que suscitaron sus ideas acerca del concepto de «función» en el ambiente de *The New Age*; Maeztu tuvo que defenderse ante las críticas de colaboradores como A. E. Randall, Janko Lavrin, Ivor Brown, C. E. Bechhöfer y un autor desconocido que firmaba bajo el pseudónimo «O. Latham». Hasta dos pesos pesados como Hilaire Belloc y George Bernard Shaw replicaron a las críticas que les había dirigido Maeztu (mucho más duras en el caso del segundo) (34). Pero con todos los cambios que aún experimentarían las ideas de Maeztu, en este libro vemos varios rasgos que sirven de nexo entre las posturas de su juventud y las de su madurez. Posiblemente el más acusado de estos es el autoritarismo, expresado principalmente en la insistencia de Maeztu en que es legítimo obligar a los individuos a realizar acciones en contra de su voluntad, siempre que estas acciones redunden en beneficio de la sociedad. Maeztu justificaba este autoritarismo en nombre del socialismo en el que él creía, ya que el método de la «compulsion» era el único medio para lograr la justicia social y corregir los excesos del capitalismo. Así, aseveraba que «socialism must be, by definition, much more legalist or compulsory than individualism». Esto lo llevaba, por ejemplo, a pedir la prohibición de los

(34) Para estas polémicas, y la participación de Maeztu en *The New Age* en general, ver JIMÉNEZ TORRES (2013a).

artículos de lujo al ser estos un desperdicio de energía típico del capitalismo: «no man or woman [...] should have the right to consume any material objects other than those strictly necessary for their health and for the efficacy of the social function they fulfil». Así, aunque él no creyese que «a society is desirable in which all men, or even a few, find themselves condemned to act entirely under external compulsion», el fin último de sus esfuerzos era demostrar que «an action done under compulsion can also be good» (35).

Conviene señalar que, por mucho que Maeztu hablara en nombre de principios axiomáticos, su autoritarismo en este libro debe mucho al contexto británico del momento. Ya desde antes de la guerra se había debatido en el Reino Unido acerca del poder que debería tener la sociedad para obligar a los individuos a hacer algo en favor del bien común. Estos debates venían motivados, por una parte, por la preocupación de los socialistas británicos ante la grave situación social provocada por el desarrollo industrial a lo largo del siglo anterior. Pero también ganaron fuerza con la aparición de varias voces que pedían la introducción del servicio militar obligatorio, primero tras las dificultades del ejército británico en la Guerra de los Boers (1899-1902), y luego ante el auge industrial y armamentístico alemán (36). El principal escollo con que se encontraban estas propuestas era el fuerte arraigo en la identidad nacional británica de una idea de la libertad entendida como una falta de imposiciones por parte del Estado; ideas que además se habían reforzado con la construcción de una imagen de Alemania como el país de la tiranía gubernamental. Un colaborador de *The New Age* escribía que «complete control over one's social and political actions, the absence of any form of compulsion; these were the characteristics of Englishmen [...] Compulsion, enslavement, subjection, the unquestioned acceptance of the motives of a bureaucracy; these have always been German characteristics» (37). Sin embargo, el enorme coste humano y material del conflicto intensificó estos debates, y cuestiones como la leva, la nacionalización de las industrias o los derechos de los objetores de conciencia plantearon a los ingleses la disyuntiva entre hacer lo que fuese necesario para ganar la guerra o violar los principios más sagrados de la libertad inglesa. Esto explica, en cierta medida, la insistencia de Maeztu en el derecho de la sociedad a imponer obligaciones a sus ciudadanos; el autoritarismo era la única solución contra «the principle of unlimited liberty, a thing incompatible with the demands of war» (38). Llama la atención, en este sentido, que en los años 20 y 30 Maeztu volviera a menudo sobre estos asuntos para justificar su crítica al liberalismo; el ejemplo británico durante la Gran Guerra demostraba que la sociedad no

(35) «On Compulsion», 24 de junio de 1915; «Luxury and Waste», 13 de mayo de 1915 y «Liberty and Morality», 19 de julio de 1917. Todas las citas a artículos de Maeztu en inglés serán de *The New Age*.

(36) SEARLE (2003).

(37) 'S. Verdad', «Foreign Affairs», *The New Age*, 30 de septiembre de 1915.

(38) «Personal and political liberty», 16 de agosto de 1917.

podía basar su supervivencia en la confianza en que los individuos harían, de forma espontánea, todo lo necesario para defenderla (39).

También resulta de extraordinaria importancia en la evolución ideológica de Maeztu el rechazo a la modernidad que observamos en *Authority, Liberty and Function*. Como hemos visto, los argumentos de este libro se sostienen, en gran medida, en una interpretación de la historia europea mediante la cual la Arcadia que habría sido la Edad Media había sido aniquilada por el humanismo y sus consecuencias (la Reforma, el agnosticismo, el liberalismo, el socialismo). Esta lectura de la historia la había recibido Maeztu principalmente de Hulme (crítica al proceso cultural iniciado por el Humanismo) y de Belloc (crítica a los procesos sociopolíticos iniciados por la Reforma, incluyendo el capitalismo). Maeztu no ocultó la influencia del primero, citándolo en el prólogo del libro; y es fácil rastrear la influencia de Belloc en el tratamiento que hace Maeztu del estatismo moderno. Pero más allá de las fuentes, lo importante es comprobar que esta visión de la historia europea como una trayectoria desde el Edén hasta el Apocalipsis, manzana humanista mediante, determinará la evolución de Maeztu hacia el tradicionalismo. Si toda la modernidad era fruto de un gran error filosófico, la única solución posible era deshacerla y reconstruir el paraíso perdido. Es cierto que durante los años 20 y 30 Maeztu iría cambiando de opinión acerca de cuál había sido la Edad de Oro de la humanidad; en *Defensa de la Hispanidad*, por ejemplo, encontramos que su lectura de la historia se ha adecuado a las tesis del pensamiento tradicionalista patrio: la época de plenitud es ahora el Siglo de Oro (y no la Edad Media), y la caída comienza en el siglo XVIII (no en el XIV) al morder la manzana prohibida que se había incubado en el resto de Europa. Pero es significativo que la manzana sea la misma que en 1916: el humanismo, el relativismo, el agnosticismo, la Reforma, pasado ahora por la óptica de lo «europeo» frente a lo «español».

También habrá resultado evidente el acercamiento de Maeztu a la religión durante los años de la guerra. Aquí, como en tantos otros aspectos, la guerra solo confirmaba lo que ya se había ido gestando en los años anteriores. Maeztu se interesó por la teología modernista al poco de llegar a Londres, al ver en ella una forma de convertir a la religión en agente del cambio social, en vez de un pilar del conservadurismo. Llegó incluso a alabar la apertura del socialismo inglés a las ideas religiosas, en comparación con el materialismo del socialismo continental. Pero su recurso a la teología como elemento vertebrador de su pensamiento sería más deudor de su contacto con los distributistas y los gremialistas (y también, dicho sea de paso, de la particular interpretación que hizo de Kant durante su etapa orteguiana). Este proceso recibiría además otro impulso gracias a su entrada en la London Society for the Study of Religion, un grupo de discusión teológica de gran prestigio y exclusividad. Este grupo había sido montado por el pensador católico Friedrich von Hügel, con la finalidad de mantener vivo

(39) P. ej. en *La Nación*, 10 de febrero de 1927, y MAEZTU (1958): 67.

en Londres el diálogo ecuménico después de la persecución del modernismo por parte del Vaticano. A las reuniones asistían intelectuales, teólogos, catedráticos y altos cargos eclesiásticos (protestantes, católicos y judíos). La primera reunión de este grupo a la que Maeztu fue invitado fue la del 7 de noviembre de 1916, una reunión en la que se debatió la interpretación que hacían los miembros de la sociedad de la Gran Guerra. Ante las «interesting contributions» que hizo Maeztu al debate (según refleja el diario de sesiones), se le invitó a formar parte del grupo, a cuyas reuniones asistió hasta su regreso a España en 1919 (40). Esta participación nos demuestra el interés creciente de Maeztu por la teología durante los años de la Gran Guerra, un interés que se habría visto espoleado por su deseo de encontrar una base objetiva en la cual anclar las sociedades de la posguerra. Durante las décadas siguientes, el catolicismo como clave interpretativa se convertirá en uno de los rasgos fundamentales del pensamiento de Maeztu, vertebrando trabajos tan dispares como *Don Quijote*, *Don Juan* y *la Celestina*, *El sentido reverencial del dinero* y *Defensa de la Hispanidad*.

Merece la pena resaltar dos aspectos más de la reflexión de Maeztu al hilo de la Gran Guerra. El primero es su reacción ante el estallido de la Revolución Rusa. En un principio, Maeztu interpretó la caída del zar y la subida al gobierno de los socialdemócratas de Kerenski como un gran logro para la libertad y el progreso. Pero a medida que los bolcheviques desplazaban a los mencheviques del poder, Maeztu se alarmó ante el descontrol revolucionario y el totalitarismo del sistema que iba emergiendo. Su análisis parece haberse derivado de las informaciones que recibían los otros colaboradores de *The New Age*, y principalmente el columnista de asuntos exteriores J. M. Kennedy, que pronto denunció el uso indiscriminado de la violencia por parte de los bolcheviques (41). Maeztu criticó, además, la falta de creencia de los bolcheviques en cualquier tipo de jerarquía, reforzando así la tesis que ya había expuesto en *Authority, Liberty and Function*, mediante la cual solo un sistema jerarquizado podía garantizar el manejo competente de la industria y de la sociedad. Además, Maeztu hizo con Rusia lo mismo que había hecho con Alemania: explicar el devenir histórico del país como resultado del pensamiento de sus grandes intelectuales. De esta forma, cargó contra Tolstoi y Dostoievski en los mismos términos en que había atacado a Hegel, como grandes «heresiarcas» que habían embarcado a su nación en caminos equivocados. Según Maeztu, tanto Tolstoi como Dostoievski habían intentado fundar una civilización eslava anclada en el maniqueísmo, que por su propia lógica debía llevar a la secularización del pensamiento y a la disolución de la sociedad. Dicho de otro modo, Maeztu entendió la Revolución Rusa como otra muestra más del error que suponía basar una sociedad en algo que no fuese su particular interpretación del cristianismo. Esto le llevó a incor-

(40) Las actas de las reuniones de esta asociación se encuentran en la Dr. Williams Library, de Londres.

(41) 'S. Verdad', «Foreign Affairs», *The New Age*, 11 de julio de 1918.

porar a la nueva Rusia dentro del esquema que había desarrollado en *Authority, Liberty and Function*; en un artículo de finales de 1918, Maeztu explicaba que el concepto de «función» era la única defensa posible contra «Capitalism and Bolshevism» (42). Es decir, que vencida Alemania, Maeztu creía que Rusia era el nuevo representante del principio estatista o de autoridad.

Estas ideas se vieron confirmadas por el estallido de la revolución de noviembre en Alemania. Maeztu la vivió de primera mano al encontrarse en aquel país a finales de 1918 y principios de 1919. El vitoriano interpretó el levantamiento espartaquista como resultado de la desesperación y el nihilismo provocados por la derrota en la Gran Guerra, y abogó por su represión ya que el caso ruso había demostrado que «socialist principles have not yet produced an efficient system of government» (43). Resulta de enorme importancia que, ante la consolidación del comunismo en Rusia y de su posible afianzamiento en Alemania y Hungría, Maeztu escriba en abril de 1919 que el socialismo es peor que cualquiera de sus alternativas (44). Así, vemos que al final de la guerra Maeztu está desarrollando una preocupación cada vez mayor ante la aparición del comunismo como alternativa real en Europa. Además, ya está desarrollando la identificación del adjetivo «socialista» con la Rusia de Lenin, postura que le llevará durante los años 20 a rechazar cualquier atisbo de socialismo como un camino que lleva, inexorablemente, hacia el bolchevismo. Esto demuestra por qué el Maeztu que en *Authority, Liberty and Function* se autoproclamaba orgullosamente «socialista» dejó de hacerlo al poco tiempo de publicarse aquel libro. Sus posturas no habían cambiado, ya que seguiría creyendo en el absolutismo de la sociedad (este había sido el significado que había tenido el «socialismo» para él en 1916); pero a la luz de la Revolución Rusa el adjetivo «socialista» ya solo podía referirse al régimen de los soviets. Estas conclusiones le llevarán a un anti-izquierdismo cada vez más acusado que desembocará en su apoyo al régimen del general Primo de Rivera.

Otra consecuencia de la guerra fue el rechazo de Maeztu del ideal europeísta, el mismo que había dado sentido a gran parte de su producción intelectual durante los quince años anteriores. Maeztu ya adelantaba esta postura en sus críticas al Tratado de Versalles, que le pareció una oportunidad perdida para reconstruir una Europa unida y coherente (45). El revanchismo de los aliados, y la aparición de ideales «disolventes» en el orden de la posguerra, lo llevó a considerar que el concepto de Europa se había vaciado de contenido. Además, el gradual conocimiento de la enormidad de la masacre (varios amigos suyos, incluyendo a Hulme, habían perecido en las trincheras) lo convenció de que

(42) «Tolstoy's Revolution», 3 de enero de 1918; «Dostoyevsky the Manichean», 4 de abril de 1918; «Let us be whole!», 25 de abril de 1918; «Function and Rights», 26 de septiembre de 1918.

(43) «Germany Now», 9 de enero de 1919.

(44) «El comunismo viable», *La Correspondencia de España*, 7 de abril de 1919.

(45) «Balance», *La Correspondencia de España*, 19 de mayo de 1919.

Europa no podía ser el modelo adecuado para la regeneración de España. Así, en 1921 exponía en la revista *Hermes*: «Europa ha caído, amigos míos» (46). Una caída que arrastraba consigo a la «ciencia» europea que Ortega y él habían defendido con tanto ardor; en *Don Quijote, Don Juan y la Celestina* Maeztu razonaba que «la guerra mundial ha evidenciado la necesidad de someter el ideal de la ciencia especializada a otro superior, porque el Prometeo de la invención y del progreso [...] lo mismo sirve para curar heridos en los hospitales que para fabricar gases asfixiantes» (47). Por todo esto, a lo largo de los años 20 y 30 Maeztu invocaría varias veces el recuerdo de la Gran Guerra como demostración de lo erróneo del ideal europeísta. En vísperas de la Guerra Civil escribiría lo siguiente:

Los pueblos que estuviéronse matando durante cuatro años y cien días en la más espantosa de las guerras, ¿merecen realmente nuestra admiración? Los que después de esa matanza sin ejemplo no supieron concertar más que esa monstruosa paz de Versalles que tenía que imposibilitar la paz en el mundo, ¿tienen verdaderamente estadistas que merezcan respeto? (48).

Finalmente, Maeztu también extrajo de la guerra una valoración positiva de Estados Unidos. Durante toda su estancia londinense se había mostrado muy crítico con aquel país, tanto por sus desigualdades sociales como por la supuesta frivolidad de las clases dirigentes norteamericanas. Todo esto cambió, sin embargo, con la actuación del presidente Wilson durante la guerra, que según Maeztu otorgó una base más idealista al conflicto mediante sus «14 puntos»; y luego con la entrada de Estados Unidos en la guerra del lado de los aliados. Maeztu participó así de la idealización de Wilson que hizo una parte de la intelectualidad inglesa, que se había desengañado con los estadistas de su propio país (49). Precisamente una de sus últimas series de artículos como corresponsal de guerra fue el relato de su visita al ejército norteamericano, en el que muestra una visión tan idealizada como la que había expuesto en *Inglaterra en armas* acerca del ejército británico (50). Esta idealización de Estados Unidos se extinguiría en los años 30, pero no sin antes haberle conducido a escribir su influyente ensayo *El sentido reverencial del dinero*.

4. CONCLUSIONES

Sería un error proponer la imagen de un Maeztu «escindido» o bifronte durante la Gran Guerra, con un rostro exaltado y aliadófilo vuelto hacia sus

(46) «En busca de orientación», *Hermes*, julio de 1921.

(47) MAEZTU (2004): 121.

(48) *La Época*, 11 de mayo de 1936.

(49) Ver CLARKE (1993): cap. 6.

(50) «América en la guerra», *La Correspondencia de España*, 17 a 28 de febrero de 1919.

lectores españoles y otro pensativo y antimoderno vuelto hacia el público inglés. Es cierto que, por regla general, Maeztu prefirió durante los años que duró el conflicto hacer propaganda aliadófila en sus colaboraciones con medios españoles, y que escogió el semanario *The New Age* como el foro principal donde hacer públicas sus reflexiones sobre el sentido más hondo de la guerra. La comparación entre *Authority, Liberty and Function* e *Inglaterra en armas* es el mejor ejemplo de esto. Pero es igualmente cierto que entre el Maeztu exaltado y el reflexivo, entre el que escribía en español y el que escribía en inglés, y entre el que escribía para neutrales y el que lo hacía para beligerantes, hubo un trasvase considerable. Su ideario gremialista fue visible en sus artículos para *Heraldo de Madrid* y *La Correspondencia de España*, si bien desprovisto de la sistematicidad de *Authority, Liberty and Function* (51). Además, gran parte de su defensa de Inglaterra se sostenía en la idea de que la guerra estaba obligando a este país a reorganizarse según los principios gremiales. Igualmente, sus críticas a Alemania se fundamentaban, además de en la invasión de Bélgica y otros lugares comunes del discurso aliadófilo, en los peligros inherentes a su modelo estatista. Esto por no hablar del hecho de que Maeztu publicara muchos de sus artículos de *The New Age* en español, en el periódico bonaerense *La Prensa* a lo largo del conflicto. Si bien el público destinatario de estas «refundiciones» era argentino y no español, Argentina también era un país neutral, y de gran importancia para el gobierno británico. Hacia el final de la guerra Maeztu incluso envió algunos artículos que había publicado primeramente en el semanario de Orage a la revista bilbaína *Hermes* (52).

También hay que tener en cuenta que la elección de *The New Age* como principal plataforma para sus reflexiones tenía algo de accidental: el propio Maeztu comentó que había enviado uno de los primeros artículos que acabarían componiendo *Authority, Liberty and Function* tanto a la revista de Orage como a *España*, el semanario que Ortega acababa de poner en marcha. *The New Age* aceptó publicarlo y *España* lo rechazó (lo que no resulta demasiado sorprendente si tenemos en cuenta que su director era el omnipresente Araquistain). Además, la mayor extensión que permitía *The New Age* era un vehículo más propicio para las reflexiones filosóficas de Maeztu, como le manifestó él mismo a Ortega (53). Pero, teniendo todo esto en cuenta, Maeztu fue el primero que veía claramente la diversidad de sus públicos, y la influencia que esto debía tener sobre sus artículos. La versión inglesa de *Inglaterra en armas*, que se publicó en *The New Age* bajo el título «A visit to the front», terminaba con la siguiente explicación: «had these articles been written for an English public, I would have

(51) P. ej., en «El fin del librecomercio», *Heraldo de Madrid*, 17 de enero de 1916; y «Ni el individuo, ni el Estado, ni la Humanidad», *Nuevo Mundo*, 28 de enero de 1916.

(52) P. ej., *Hermes*, septiembre-octubre de 1917, que es la versión traducida del aparecido en *The New Age* el 2 de agosto de 1917.

(53) Archivo Fundación Ortega y Gasset – Gregorio Marañón, carta de 21 de abril de 1915.

laid stress on some faults» (54). Además, esta versión omitía las cuatro crónicas acerca de las excelencias del esfuerzo bélico inglés (quizá porque el público británico estaba indignado con su insuficiencia tras el *shell scandal* de 1915) y del refuerzo que había recibido la autoridad del Parlamento durante la guerra (quizá porque Orage llevaba dos años denunciando que el ejecutivo estaba realizando la guerra por su cuenta y sin informar al Parlamento).

Por todo esto, parece más correcto postular que la reacción de Maeztu ante la Gran Guerra muestra una gran complejidad y polivalencia, al participar en una serie de proyectos colectivos (el aliadófilo, el propagandístico, el antimoderno, el gremialista) que si bien no eran mutuamente excluyentes sí tenían distintos énfasis y prioridades. Esto se debía en gran parte a la posición única que ocupaba como intelectual que se desenvolvía en dos mundos distintos, el español y el británico. Pero también nos ofrece un ejemplo de la polivalencia del intelectual moderno a principios del siglo XX, particularmente en lo que se derivaba de su postura de pedagogo de las masas. Al fin y al cabo, la pedagogía de las masas podía ejercerse tanto mediante la repetición de consignas simplistas que provocaran la adhesión a una causa, o haciendo partícipe al lector de densas reflexiones acerca de los fundamentos del mundo moderno. Como ha escrito José-Carlos Mainer, «lo intelectual es una función, no una ontología»; y existían muchas y diversas formas de ejercer esa función (55). El caso de Maeztu nos demuestra que incluso se podían hacer varias simultáneamente.

Finalmente, Maeztu nos muestra algunas facetas de la evolución del pensamiento europeo de entreguerras, y del entronque de esta evolución con el pensamiento español. Como hemos visto, la crítica al Estado liberal de Derecho, tan característica del periodo de entreguerras, venía de lejos, si bien la Gran Guerra le dio un impulso definitivo. Más importantes todavía fueron la radicalización de posturas que propició la Revolución Rusa, y el desencanto con el ideal europeísta a consecuencia de la guerra y del Tratado de Versalles. Estos dos acontecimientos resultarían en la deriva cada vez más conservadora de Maeztu, así como en la de una sociedad española que apoyó mayoritariamente la liquidación del régimen parlamentario y el advenimiento de la dictadura de Primo de Rivera.

5. BIBLIOGRAFÍA

- AUBERT, PAUL (1995): «La propagande étrangère en Espagne dans le premier tiers du XX siècle», *Melanges de la Casa de Velázquez*, vol. 31, n.º 3, pp. 103-176.
- BADSEY, STEPHEN (2008): «Press, Propaganda and Public Perceptions», en VV. AA., *A Part of History: Aspects of the British Experience of the First World War*, Londres, Continuum.

(54) «A Visit to the Front X», *The New Age*, 23 de noviembre de 1916.

(55) MAINER (2000): 305.

- BUITENHUIS, PETER (1989): *The Great War of Words: Literature as Propaganda 1914-1918 and After*, Londres, Batsford.
- CASTRO MONTERO, ÁNGELES (2011): «En las trincheras: Ramiro de Maeztu, corresponsal de la Gran Guerra en Argentina», *Fundación*, n.º 10, pp. 258-265.
- (2012): «Lecturas sobre el lujo, el ocio y el consumo de masas en Ramiro de Maeztu (1905-1920)», en CASTRO MONTERO (ed.), *Espanoles en el diario La Prensa*, Buenos Aires, Bergerac Ediciones – Fundación José Ortega y Gasset Argentina.
- CLARKE, PETER (1993): *Liberals and Social Democrats*, Aldershot, Gregg Revivals.
- CORRIN, JAY P. (1981): *G. K. Chesterton and Hilaire Belloc: The Battle Against Modernity*, Londres, Ohio University Press.
- (2002): *Catholic Intellectuals and the Challenge of Democracy*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- DÍAZ-PLAJA, FERNANDO (1973): *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*, Barcelona, Dopesa.
- FARRAR, MARTIN J. (1998): *News from the Front: War Correspondents on the Western Front, 1914-1918*, Stroud, Sutton.
- FERGUSON, ROBERT (2002): *The short, sharp life of T.E. Hulme*, London, Allen Lane.
- FUENTES CODERA, MAXIMILIANO (2013): «Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer*, n.º 91, pp. 63-92.
- GONZÁLEZ CUEVAS, PEDRO CARLOS (2003): *Maeztu: Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons.
- (2007): «Maeztu y Ortega: la difícil relación entre dos intelectuales», en GUALDUPE GÓMEZ-FERRER MORANT y RAQUEL SÁNCHEZ (eds.), *Modernizar España: proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, pp. 231-252.
- JIMÉNEZ TORRES, DAVID (2013a): «By Ramiro de Maeztu: los artículos de Maeztu en *The New Age* (1913-1920)», *Revista de Occidente*, n.º 380, pp. 33-64.
- (2013b): «Journalists at the front: Ramiro de Maeztu, *Inglaterra en armas* and Spanish intellectuals during the First World War», *Bulletin of Spanish Studies* vol. 90, n.º 8, pp. 1291-1311.
- JULIÁ, SANTOS (2013): «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer*, n.º 91, pp. 121-144.
- KER, IAN (2011): *G.K. Chesterton: A biography*, Oxford, Oxford University Press.
- LOTHIAN, JAMES (2009): *The Making and Unmaking of the English Catholic Intellectual Community (1910-1950)*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- LASTAGARAY ROSALES, MARÍA JOSEFA (2010): «Los Maeztu: una familia de intelectuales y artistas», tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- LYTTON, NEVILLE (1920): *The Press and the General Staff*, Londres, W. Collins Sons & Co.
- MAEZTU, RAMIRO DE (1916a): *Authority, Liberty and Function in the Light of the War*, Londres, George Allen & Unwin.
- (1916b): *Inglaterra en armas*, Londres, Darling & Son.
- (1958): *Defensa del espíritu*, Madrid, Rialp.

- (1984): *Liberalismo y socialismo: textos fabianos de 1909-1911*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- (2004): *Don Quijote, Don Juan y la Celestina: ensayos en simpatía*, Madrid, Comunidad de Madrid-Visor Libros.
- MAINER, JOSÉ-CARLOS (2000): «La fragua de los intelectuales», en *1898: entre la crisis d'identitat y la modernització*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- MARTIN, WALLACE (1967): *The 'New Age' under Orage: Chapters in English Cultural History*, Manchester, Manchester University Press.
- MARTORELL LINARES, MIGUEL (2011): «'No fue aquello solamente una guerra, fue una revolución'. España y la Primera Guerra Mundial», *Historia y política*, n.º 26, pp. 17-45.
- MCCARTHY, JOHN (1978): *Hilaire Belloc, Edwardian Radical*, Indianapolis, Liberty Press.
- MEAKER, GERALD (1988): «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, pp. 1-65.
- MONTERO, ENRIQUE (1983): «Luis Araquistain y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», *Estudios de historia social*, n.º 24-25, pp. 245-266.
- MORGAN, KEVIN (2009): «Militarism and Anti-militarism: Socialists, Communists and Conscription in France and Britain», *Past and Present*, n.º 202, pp. 207-244.
- POWELL, DAVID (1996): *The Edwardian Crisis: Britain, 1901-1914*, Basingstoke, Macmillan.
- SANTERVÁS, RAFAEL (1987): «La etapa inglesa de Ramiro de Maeztu», tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- (1990): «Maeztu y Araquistain: dos periodistas acuciados por la transformación de España», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n.º 12, pp. 133-154.
- SEARLE, G. R. (2003): «The Politics of National Efficiency and War, 1900-1919» en WRIGLEY (ed.): *A Companion to Early Twentieth-Century Britain*, Oxford, Blackwell.
- TAYLOR, CHARLES (1989): *Sources of the Self: the Making of the Modern Identity*, Cambridge, Cambridge University Press.
- THOMPSON, J. LEE (1999): *Politicians, the press and propaganda: Lord Northcliffe and the Great War, 1914-1918*, Londres, Kent State University Press.
- VARELA, JAVIER (1998): «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, n.º 88, pp. 27-37.
- VILLACAÑAS, JOSÉ LUIS (2000): *Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, Espasa Calpe.
- WINTER, JAY (1999): «Popular culture in wartime Britain», en ROSHWALD y STITES (eds.), *European culture in the Great War*, Cambridge, Cambridge University Press.